

Herminia, espera; me voy  
á llenar otros deberes.

Andr.—Ve, hijo mío; tú eres  
nuestra providencia hoy.

TELON LENTO.

FIN DEL ACTO TERCERO.

---

## ACTO CUARTO

Gabinete de estudio en la casa de D. Leopoldo Aguilar, lujosamente amueblado. Mesa de escribanía y en ella libros de cuentas y papeles. Puerta al fondo. Dos á la derecha, que dan á las habitaciones de Doña Luisa, y dos á la izquierda, una de las habitaciones de Aguilar y otra de las de Roberto, casado con la hija de ellos. La escena comienza poco antes de la aurora.

— — —  
ESCENA I.

*(Luisa envuelta en peinador blanco, con el cabello en elegante abandono, sentada en un confidente y una bugía encendida sobre la mesa.)*

He tenido que dejar  
mi lecho, donde la sombra  
de esa niña me persigue  
y yo despierto medrosa.....  
no sé por qué y abandono  
á pesar mío la alcoba.  
¿Pero á mí, la mujer fuerte,  
amedrentar esas sombras?

*(Se levanta y va recorriendo las puertas de la izquierda, deteniéndose á escuchar encada una de ellas.)*

Roberto llegó muy tarde,  
y como está enferma Honoria,  
han de dormir todavía.  
Aguilar también reposa.  
¡Qué pavor infunde á veces  
la calma de ciertas horas .....

*(Abre un armario, suena monedas de oro,  
abre y cierra cajas de joyas con aire de  
satisfacción.)*

¡Cuánta riqueza! Raudales  
de plata, oro y preciosas  
piedras que al mundo deslumbran  
y á sus ojos me transforman  
en un sér extraordinario,  
que la fortuna coloca  
sobre vulgarés criaturas  
que se mueren de congoja.

*(Con punzante ironía)*

*(Pausa.)*

¡Cuánto afán para adquirir  
estas riquezas! Ahora  
ya son mías y que vengan  
por ellas todas las sombras.

*(Trancisión.)*

Si fuera verdad que existe  
nuestra conciencia; es tan honda  
é impenetrable la mía,  
que jamás sube á mi boca  
un reproche de su fondo;  
y si es que sube, lo ahoga  
no sé qué fiero latido,  
no sé qué voz misteriosa!

*(Se sienta en un sillón, pasándose la mano por la frente.)*

¡Qué palidez tan horrible  
la de Herminia! ¡Cómo llora  
cuando la miro en el sueño,  
ó con su mano marmórea,  
toca mi frente! Já.... já....  
qué puerilidad la mía;  
visiones, sueños y sombras.

*(Trancisión reflexiva.)*

¿Y por qué también mis hijas  
sueñan lo mismo, y medrosas  
se despiertan; y me buscan,  
y me cuentan muchas cosas  
de las que yo sueño?... Vamos... ..  
se diría que estoy loca.

No me explico este misterio,  
pero me causa zozobra.

*(Pausa y luego con tono un poco emocionado)*

Yo de la frente de Herminia  
la bella nupcial corona  
arranqué para ponerla  
en la de mi hija Honoria.  
En los brazos de Roberto  
la eché mirando en su boda  
la ventura para todos....  
¡Esta sí es una sombra  
que obscurece mi destino....  
Roberto no la comprende,  
vano y celoso de sobra,  
interesable, ligero  
y de conducta dudosa,

ha labrado su desgracia,  
una desgracia muy honda  
para los dos; y quién sabe  
adónde llegan las cosas:....  
Altercados, disensiones,  
amenazas y.... Ahora  
terminaré con Ramiro  
y D. Andrés, que yo sola  
bastaré para Roberto  
que ya mi paciencia agota.

*(La escena se ilumina poco á poco,  
suponiéndose que am nece.)*

Por fin acabó la noche.  
El alba en Oriente asoma.  
No hay espíritus ni trasgos  
á la luz del sol. Ahora,  
preparémonos. La lucha  
sigue hoy. Si se logra  
que me reciba el ministro,  
he de volver triunfadora.

*(Apaga la luz y se prepara á re-  
tirarse, cuando sale Aguilar por  
la izquierda, primer puerta.)*

## ESCENA II

*Dicha y Aguilar.*

Agui. — ¿Para esto queremos ser  
ricos en oro y en vida?  
¿Para esta dicha mentida  
queremos brillo y poder?  
Luisa — No comprendo lo que dices.

Agui. — Es algo que siento aquí.

Luisa. — ¿Remordimientos?

Agui. — ¡Oh, sí!

Luisa. — ¿Y bien?....

Agui. — Qué dos infelices  
somos á pesar de todo,  
porque en aparente calma,  
aunque no quieras, el alma,  
se subleva contra el lodo  
en que hundidos estamos.

Luisa. — Sigue.....

Agui. — Nuestra vida pasa  
siempre cubierta de sombras  
que delante de los ojos  
del cuerpo y del alma arrojan  
envuelta en fúnebre manto  
de nuestras faltas la historia,  
para que la contemplemos,  
negra, fatal, asombrosa  
á través de la conciencia  
que los crímenes reprocha.  
Ya de la justicia humana  
pesa sobre mí la hora.  
¿Y cómo no pesará,  
de la divina, la honda  
maldición que al hombre impío  
el corazón le destroza?  
¿Hacia dónde caminamos?

Luisa. — *(Sarcástica.)*

Muy bella filosofía.

Muy bella, pero tardía.

Agui. — Luisa, los dos apuramos  
el tenaz remordimiento.

Luisa.—(*Con marcada indiferencia.*)  
Ironías de la suerte.

Agui.—¿Qué le reserva la muerte  
al hombre sin sentimiento?

Luisa.—Piensa, Leopoldo, que hoy  
ha de vencer mi destino.

Agui.—Tiemblo al pensarlo y no atino  
hacia qué pendiente voy.

Luisa.—(*Se acerca á Aguil r con zalame-  
ría y se recuesta en su hombro  
coquetamente.*)

Voy á arreglar mi tocado  
para salir, y confía  
en que te amo, vida mía,  
y por tu amor he llegado  
á todo, á todo. Quedó  
el ministro en recibirme  
esta mañana á las nueve,  
y pasa el tiempo muy breve.

(*Le da un beso.*)

Agui.—(*Doblegado.*)  
¡Ojalá y siga firme  
en su promesa.

Luisa.— Lo está:  
no lo dudes.

Agui.— Tu poder  
me hace dudar y creer.

Luisa.—Nada temas, vencerá.  
(*Vase dejando caer sobre Agui-  
lar una mirada seductora.*)

## ESCENA III

*Aguilar, mirándole desaparecer por la derecha.*

Si como es hermosa fuera  
de corazón generoso,  
qué tranquilo y venturoso  
á su lado me sintiera .....  
Con qué placer besaría  
á mis hijas inocentes,  
sin advertir en sus frentes  
del crimen la mancha impía!  
¡Remordimiento fatal,  
del alma eterna congoja,  
más hondo hieres que hoja  
de mortífero puñal.  
Preso todo mi albedrío  
de Luisa en la red infame .....  
¡de qué sirve que te aclame  
algunas veces, Dios mío! .....

(*Trancisión de horror.*)

¡Secuestro!..... ¡prisión!..... ¡miseria!....  
Mas yo lancé á Don Andrés  
en ese abismo ¡Interés!  
tú serás la gran arteria  
del mundo que aquí llevamos,  
aquí, dentro de nosotros!  
¿Por qué damos á los otros  
lo mismo que rechazamos?

## ESCENA IV.

*Dicho y Luis, que s le en traje de paseo.*

Luisa.—Ya estoy lista.

Agui.— ¡Bien, aquí  
vendrá Ramiro al secuestro  
que obtuvo ya.

Luisa.— Pero nuestro  
es el asunto. Si á tí  
te preocupa demasiado  
ese truufo pasajero  
de Ramiro, yo te quiero  
demostrar que lo intentado  
por él y por Don Andrés,  
tiene límites.

Agui.— ¡Quiéu sabe!

Luisa.— Con el oro todo cabe  
en lo posible. Los tres  
la humanidad conocemos.  
Mas para mí, la cuestión  
es buscar en la ocasión  
la manera de vencer.  
Nada se resiste al oro,  
¿quién menosprecia un tesoro,  
cuando le puede obtener?  
La humanidad como tal,  
se deslumbra.....

Agui.— Hay honradez.....  
ténlo presente.....

Luisa.— Tal vez .....  
pero yo busco el venal;  
búscalo siempre y desliza

en su mano algún objeto  
valioso, con el respeto  
á su abnegación postiza,  
y así favor obtendrás  
y obtendrás también aprecio;  
los hombres tienen su precio  
como todo lo demás.

Agui.— Si en esta vez nos engaña  
la intriga. ó la seducción.....

Luisa.— No creas, la salvación  
viene hoy de mano extraña.

Agui.— ¿Qué piensas hacer?

Luisa.— Luchar  
para obtener el remedio.  
No me preguntes el medio  
y déjame sola obrar.  
Con que, adiós; á la comida  
nos reuniremos.

Agui.— Prudencia.

Luisa.— Nada temas: esta ciencia  
la tengo bien conocida.  
*(Váse por el foro derecha.)*

## ESCENA V

*Agular, después de seguir á Luisa con la vista,  
va al escritorio, toma un libro de cuentas, se  
sienta y lo hojea.*

¡Oro, placer, vanidad!  
soís el todo de la vida,

por más que dicha mentida  
seáis ante la verdad.....  
Diez millones nos ha dado  
la mina de Don Andrés;  
yo, que mendigué á sus piés,  
soy ahora el potentado,  
mientras él oculto apura  
todo el rigor de la suerte!  
Dilema cruel: ó la muerte  
moral que mi sér tortura,  
ó tener abnegación  
para restituir el robo  
haciéndole á ese hombre probo  
justicia y reparación.  
*(Agitado se pone de pie.)*  
¡Horrible lucha! Si fuera  
posible retroceder.....

Elena.—*(Dentro.)* Digo á usted que lo he de ver.

Agui.—¡Esa voz.....!

Elena.—*(Dentro.)* Aunque no quiera.  
*(Abre un criado la puerta y Aguilr se  
sorprende al ver á Elena, y hace seña al  
criado que se retire.)*

— — —  
ESCENA VI

*Aguilr y Elena.*

Aguil.— Elena! ¿Usted en mi casa?

Elena.—Sí, Leopoldo, aunque se extrañe.

Agui.— En efecto; mas le digo  
que se lo agradezco.

Elena.— Baste  
mi presencia en este sitio.....

Agui.—*(Interrumpiéndola.)*  
Y el demacrado semblante  
que tiene usted.

Elena.— Para.....

Agui.— Entiendo.

Elena.— La miseria nos abate.  
La muerte nos ha robado  
á nuestra Herminia; al ángel  
que prodigaba consuelos  
á sus afligidos padres,  
que solos quedan viviendo  
en este rudo combate.  
Andrés, enfermo de penas,  
y no hay medio de que sane  
por la falta de recursos.  
Hoy, no ha podido dejar  
el lecho; se siente grave  
y yo temo por su vida.....

Agui.—*(Aparte.)* Me estremezco al escucharle.

Elena.— No, no queremos riquezas;  
solamente que se salve  
Andrés de tal situación,  
para que libre trabaje.

Agui.— Pero si estoy demandado  
por Ramiro, usted lo sabe,  
y acaso dentro de poco  
la justicia se traslade  
á esta casa y me secuestre  
lo que poseo, y marche,

- como cualquier criminal,  
á una celda de la cárcel.
- Elena.—(*Angustiada.*) No, Aguilar; yo no lo quiero;  
es preciso que se trance  
este asunto, mutuamente  
es necesario salvarse.
- Agui.—Si yo también lo deseo,  
mas por ustedes.
- Elena.— No es tarde;  
hagámoslo; se lo ruego.
- Agui.—No me lo suplica en balde;  
si usted convence á Ramiro,  
yo le ofrezco por mi parte,  
que no llama usted en vano  
en el corazón de un padre.
- Elena.—Gracias, y corriendo voy  
á ver á Ramiro.
- Agui.— ¿Sabe  
Don Andrés esta visita?
- Elena.—¡Oh, sí!
- Agui.— Pues tiempo no pierda,  
porque después será tarde.  
(*Al irse Elena penetran por el foro Ra-  
miro, el Juez, el Secretario y dos agentes  
de policía.*)

## ESCENA VII.

*Dichos, Ramiro, Juez, Secretario y agentes.*

Elena.—(*Al verlos.*)

- ¡Ah, Ramiro!
- Agui.—(*Aparte.*) (No hay remedio.)
- Ram.—Elena, usted!
- Elena.— He venido  
á suplicar que se trance  
este asunto. Te lo ruego.
- Ram.—¡Imposible!
- Elena.— Que se salve  
Aguilar, y ya me ofrece  
que no le suplico en balde;  
nos dará su protección  
y.....
- Ram.—¡Elena! ¡Infelice madre!.....  
¿olvida usted que por ellos  
perdió hace poco un ángel?
- Elena.—Ellos también tienen hijas.....  
(*Volviéndose al juez suplicante.*)  
Señor Juez, que se levante  
acta de que yo, la esposa  
de Valmar, á todo trance  
desear el avenimiento  
por su parte y por mi parte.
- Juez.—Señora, yo nada puedo.  
El abogado.....
- Ram.—(*Con energía*) Adelante.  
señor juez, su ministerio  
ejerza usted.
- Elena.— ¡Ah!
- Ram.— Ya es tarde.
- Juez.—(*A Aguilar.*) La justicia ha decretado  
auto formal de secuestro  
de los bienes que designa  
como suyos al efecto

de D. Andrés de Valmar  
el apoderado; y vengo  
á la práctica del auto.

Agui.—El motivo no comprendo.

Juez.—Como el señor de Valmar  
le es deudor al gobierno  
de un depósito, señala  
para solventar su crédito,  
de usted los bienes, porque  
del depósito ha dispuesto.  
De lo acentado se desprende  
que á ellos tiene derecho.  
Traigo' además, la orden  
para que usted sea preso.

*(Aguilar retrocede algunos pasos aterro-  
rizado.)*

Agentes: incomuniquen  
al señor, mientras procedo  
á formar la diligencia  
para el aseguramiento.

*(Los policías indican á Aguilar que pase  
á la derecha, mientras el Juez y el Secre-  
tario penetran por la puerta izquierda, que-  
dando R. miro y Elena.)*

—  
ESCENA VIII.

*Ramiro y Elena.*

Elena.—Desdeñaste mi súplica, Ramiro.

Ram.—La justicia es virtud que en este mundo  
induce á dar con equidad al hombre  
lo que es suyo en razón; lo que en derecho  
con arreglo á la ley le corresponde.  
Atributo de Dios, quien lo delega  
á la criatura, para que ella obre  
sin dolo, ceguedad ni tiranía. ...  
¿Y cómo cumple este deber el hombre?  
Desoyendo la voz de la conciencia;  
rompiendo el dique del honor que pone  
un freno á la injusticia y aceptando  
riquezas, posición, lisonja, honores,  
en cambio de las lágrimas, miseria,  
deshonra y abandono de los pobres.....  
Venalidad, positivismo y lujo  
forman hoy, por desgracia, el ancho borde  
de la copa dorada del banquete  
que los desheredados no conocen,  
y en la cual, con los vinos aromados  
el llanto de las victimas absorben.  
Ordena el poderoso, y todos callan;  
suplica el desgraciado, y se desoyen  
razones y justicia; *(Con aire satisfecho)* por  
(fortuna

he logrado encontrar quien antepone  
á todos, los deberes de conciencia,  
obrando sin pasión y sin temores...  
El probo magistrado ha comprendido  
que en esta casa el criminal se esconde,  
y vengo á su palacio como viene  
el instrumento de una causa noble.  
Triunfé de la serpiente. Estoy tranquilo;  
no me intimida ya como ellos obren.



(*Con tristeza.*)

Elena.—Nada tengo que hacer; Andrés espera; me voy. ¿Vendrás?

Ram.— En cuanto logre  
ver al reo salir de esta morada,  
é ir á donde van los que su nombre  
empañan con el crimen. Partiremos  
juntos. Espere usted.

Elena.—(*Aparte.*) (!Alma de roble;)

---

ESCENA IX

*Dichos Juez y Secretario.*

Juez.—Está ya la diligencia.  
La firma del abogado  
y revisión del escrito  
perfeccionarán el auto.  
Si usted me hiciera favor  
de pasar.

Ram.— Elena, vamos.  
(*Vánse Ramiro, Secretario y Elena.*)

---

ESCENA X.

*Juez.*

¡Rico palacio en verdad!  
Se conoce que la mina

ha dado pingües productos  
á la opulenta familia  
de D. Leopoldo. Mas yo  
en su caso no estaría.  
Secuestrada su fortuna  
en manos de la justicia.....  
Vamos; pero esto no es nada;  
las cosas son relativas.  
¿qué sabemos si después  
el actor será la víctima?  
Todo tiene grandes cambios.  
Hoy el hombre necesita  
interpretar el lenguaje  
de los poderosos. Mira  
el rumbo que va marcando  
la brújula que le indica  
á dónde debe inclinarse,  
pues que también la justicia  
fluctúa y su balanza  
suele no ser muy estricta.  
Sobre todo si razones  
que todo lo justifican,  
dan en que ciertos delitos  
no lo son, y entonces dicta  
su voluntad, quien más puede.  
Casos de menor cuantía  
se ofrecen muy á menudo.  
De un magnate la querida  
debe la renta de casa,  
no paga en la joyería,  
da un escándalo cualquiera;  
en fin, pequeñeces. Lista  
pide al poderoso amante

una tarjeta y termina  
 su causa cual otras muchas  
 que en casos así.... se olvidan.  
 ¡Ardua, difícil tarea  
 es administrar justicia  
 en este tiempo, no hay duda!  
 Pero, en fin, esta es la vida.  
 Lo demás es exponerse  
 á ser de los otros víctima.

ESCENA XI.

*Dicho, Ramiro, el Secretario y Elena.*

Ram.—(A el juez.) Todo terminado queda  
 y sólo de usted espero  
 la firma que legalice  
 debidamente el secuestro.

Juez.—(Se sienta y firma.)  
 Todo está.

Ram.—(Aparte.) Gracias á Dios

Juez.—Incomunicado el reo  
 queda en tanto que dispone  
 lo conveniente el Gobierno.  
 (Todos se disponen á salir, y entra Luisa  
 por el fondo precipitadamente)

ESCENA XII.

*Dichos y Luisa.*

Luisa.—¡Toda esta gente en mi casa!  
 (Dirige á Ramiro una mirada activa que  
 éle sostiene.)  
 ¿Qué motiva la presencia  
 de ustedes aquí?

Juez.—(Con aire activo.) Señora,  
 vengo en representación  
 del Gobierno, quien ordena  
 en nombre suyo y de Don  
 Andrés de Valmar, que lleva  
 la parte actora, el secuestro  
 de bienes que representa  
 D. Leopoldo Aguilar,  
 que está en aquella pieza  
 incomunicado.

Luisa.—(Con ironía.) Bien. . .  
 Ignoraba yo que fueran  
 nuestras propiedades de otros.  
 Tal vez los hombres de letras,  
 como ustedes, sepan más.  
 No sé qué derecho tengan  
 para allanar mi morada. . .

Juez.—Señora: quien representa  
 á la autoridad, exhorta  
 á usted ahora, á que tenga  
 todo el respeto debido.

Luisa.—(Más irónica.) Si prolonga su presencia  
 en esta casa más tiempo,  
 exigiré cual convenga

la responsabilidad  
al juez.

Juez.—(*Con energía.*) Que aquí representa  
poderes incontrastables.  
Además; en mi conciencia  
las amenazas son pocas  
para que obligarme puedan  
á faltar á mis deberes.  
Y la autoridad ordena  
una multa á la señora,  
en el acto pagadera,  
por las faltas de respeto.

Luisa.—(*Con más ironía.*) Obedeceré sin réplica  
al magistrado, y sumisa  
acataré lo que ordena,  
pero, le ruego se imponga  
del documento y tarjeta  
que doy á la autoridad,  
á quien usted representa.  
(*Le da unos papeles, mirando á Ramiro  
con aire de triunfo.*)

Juez.—(*Cambiando y tomando el pliego.*)  
¡Ah! la tarjeta primero;  
sí, primero la tarjeta:  
tal vez en ella me dicen...  
(*Leyéndota*) En efecto, se me ordena  
que se sus penda en el acto  
la judicial diligencia,  
y á las órdenes me ponga  
de la señora..... (*Le hace á Luisa algu-  
nas caravanas y habla aparte con ella.*)

Ram.—(*Aparte*) Miseria  
humana, cuándo tendrás

respeto, honor y concienzal  
Juez.—(*Humildemente*) Señora, me tiene usted  
dispuesto á servirla. Vuelvan  
los bienes á su poder  
y el señor su esposo tenga  
de nuevo su libertad. (*Habja bajo con el  
Secretario, que se resira por la derecha.*)

Ram.—(*Aparte*) ¡Oh poder de las tarjetas!  
(*Al Juez*) Y cuatro letras escritas  
en elegante vitela,  
pueden cambiar un asunto  
despachado en toda regla. ....

Juez.—Señor abogado; cumplo  
con lo que el deber me ordena.  
(*A Luisa*) Crea usted señora mía,  
que me gozo en complacerla;  
sobre todo, nunca falto  
á la ley de mi conciencia.

Luisa.—(*A Ramiro*) Ha terminado el brillante  
papel que usted representa  
en este negocio .....

Ram.— Sí  
porque la maldad entrega  
al usurpador infame  
lo que al honrado cercena.

Juez.—¡Señor abogado!

Ram.— Basta;  
la desgracia es que se venda  
la dignidad de los hombres,  
á los infames!  
(*Salen en este momento Aguilar y el Se-  
creta io por la derecha. igualmente qns sa-  
le por el fondo un criado conduciendo á*

*D. Andrés cael desfillecido. Elena y Ramiro corren hacia él.*

Elena.— ¡Andrés!

Ram.— ¡El cielo nos vulga!

Luisa.— *(Aparte.)* ¡El!

*(El Juez y los suyos se retiran.)*

ESCENA XIII.

*Aguilar, Luisa, Ramiro, Don Andrés y Elena.*

Ram.— ¿A qué ha venido usted á esta morada maldita?

Aguilar.— *(Aparte)* Su presencia me anonada.

Luisa.— *(Volviendo airada los ojos á su marido.)*

¿Tiemblas. Leopoldo?

Andr.— *(Tratando de serenarse. se sienta y se lleva las manos al pecho.)* ¡Fatiga! .....

Cesa..... cesa unos instantes!

Luisa.— *(A Elena.)* Es esto farsa ridicula para amedrentarnos? Habla.

Andr.— *(Po iéndose trabajosamente de pie. Ayoydo en Ramiro baja al centro de la escena. Se dirige á Luisa.)*

Dios me conservó la vida para pedir á usted cuenta de mi deshonra y mi ruina; de mi dignidad hollada,

de la muerte de mi Herminia, del abaudono y miseria de mi esposa, y de mi vida que acaso á exhalar aquí vengo, para que les sirva de cruel remordimiento esta postrer entrevista, y ustedes, arrepentidos de su crimen, se rediman.

*(Silencio general.)*

¿Ve usted mi pálido rostro y las huellas amarillas que le imprimieron las lágrimas en la miseria vertidas?

*(La toma una mano que Luisa pugna por retirar.)*

¿Siente usted mi mano helada porque ya la muerte enfría mi sangre?

Luisa.— Déjeme usted.

¿Por qué de mi casa pisa los umbrales solamente para lamentar desdichas de que culpable no soy .....

Andr.— *(Mirándola fijamente y ella aparta de él los ojos.)*

Levante su frente altiva hoy ante mí ..... No, no puede.

Luisa.— Basta ya

Andr.— No ..... bastaría

que una palabra dijera para que yo de rodillas antes de morir supiese